VII Enapol: El imperio de las imágenes

**El yo y el objeto mirada**

Integrantes: Willian Dos Santos, Patrizia Expósito, Carla González, Ramón Ochoa, Susana Strozzi, Cristina González de Garroni(responsable)

Abordar la temática del yo y el objeto mirada, en el marco del tema de ENAPOL “El imperio de las imágenes”, nos llevó, en primer lugar, a trazar las coordenadas teóricas sobre la conjunción entre la función escópica y la constitución del yo y, en segundo lugar, a situar esta conjunción en la actualidad de nuestra época en la que las imágenes tienen un lugar protagónico en la vida del *parletre*.

**El estadio del espejo, la constitución del Yo y la mirada**

Al inicio de su enseñanza, cuando formalizó el estadio del espejo, Lacan da cuenta de la constitución del yo a partir del momento en el que el niño reconoce la imagen en el espejo como propia. El *infans*,que aún no tiene el dominio de su cuerpo, tiene una vivencia de fragmentación corporal y llega un momento en que, ante el espejo, reconoce la imagen que tiene frente a sí como propia y queda fascinado por lo que ve: un cuerpo unificado al cual se identifica, siendo esta operación la matriz del nacimiento del Yo. La Gestalt de la imagen lo invade con júbilo, asumiendo “ese soy yo”. Pero la clave de la formulación de Lacan es, como señala Graciela Brodsky[[1]](#footnote-1), que el cuerpo, en el estadio del espejo, tiene dos lugares: por un lado, el cuerpo incoordinado, en déficit, desbordado de goce, y por el otro, del lado del espejo, una imagen sin cuerpo, una imagen plana a la que el sujeto se identifica y lo hace decir “ese soy yo”.

Esta formulación implica que para Lacan el yo es una forma, una imagen unificadora que fascina, pero que al fin y al cabo también es un engaño, es decir, detrás de esta imagen jubilosa hay una falta. Como bien destaca Miller en su conferencia “La imagen del cuerpo en psicoanálisis”[[2]](#footnote-2): “La manera constante por la cual Lacan da cuenta de la preeminencia de la imagen del cuerpo propio en los seres humanos tiene que ver con la suposición de una falta, con la suposición de un agujero, que la imagen del cuerpo vendría a colmar, a tapar. No se puede entender el privilegio especifico de esa imagen, la importancia que tiene en los seres humanos, sino suponiendo que viene a tapar una falta esencial.”

El déficit experimentado en el cuerpo, el cuerpo en menos viene a ser velado, tapado por la buena forma de la imagen en el espejo. Esta hiancia es la que propicia la identificación con la imagen en el espejo como yo ideal.

Graciela Brodsky lo puntúa muy bien:[[3]](#footnote-3) “la imagen es un tratamiento del goce y de la castración, le da unidad, marco, límite, civiliza el goce a través de la ilusión del dominio del yo, pero al mismo tiempo, esas imágenes, que por un lado tienen un efecto de enmarcar, tienen un efecto de retorno de goce sobre el cuerpo”

No podemos olvidar que la unidad del cuerpo es un engaño, viene de una imagen que no le pertenece al niño, que cubre el cuerpo fragmentado, y cada vez que se ve vulnerada tal unidad, algo del organismo caótico retorna, llegando a producir, en muchos casos, un cataclismo subjetivo.

Asimismo, en el estadio del espejo está en juego la pulsión, no hay imagen sin ojo, no hay imagen sin mirada. La función escópica, dirá Lacan[[4]](#footnote-4), es aquella en la que el objeto *a* está más enmascarado, protegiendo así al sujeto de la angustia. Miller[[5]](#footnote-5) nos propone tres momentos para entender el estadio del espejo:

* Un primer momento donde la imagen del cuerpo propio no ha encarcelado el goce del cuerpo, en donde hay un goce libre de la concentración en la imagen del propio cuerpo.
* Un segundo momento en donde el goce se concentra, en donde la imagen es un marco para el júbilo que surge de la gestalt de la imagen.
* El tercer momento sería el momento del goce fálico.

Podemos ubicar entonces el papel de la mirada que está en juego entre el primer y segundo momento, punto en donde ese goce desbordado del cuerpo se localiza en el ojo que se regodea en la imagen, estableciéndose así un vínculo privilegiado entre el goce de mirar y la imagen.

Luego, en el seminario 11, Lacan planteará que en esa imagen de completud algo se elide, algo se escapa, algo se vela. La mirada. De manera que esa imagen perfecta que da un yo al sujeto vela algo. En cierta forma está incompleta. Vela el goce en esa imagen. Puesto que si la imagen estuviera en ausencia de goce, esa imagen no interesaría, no sería de júbilo, como les pasa a los animales. En el caso del ser hablante, ese goce está entre líneas, velado.

¿Y cómo esa imagen perfecta se descompleta con la mirada? Puede pensarse que desde el vamos se instauró agujereada. Si nos remitimos al estadio del espejo, la imagen parece estabilizar el goce mortífero del cuerpo pulsional del *infans*. El sujeto encuentra en la imagen especular un sostén de su cuerpo incoordinado y lleno de goce. La imagen regula algo del goce loco, pero no lo domestica del todo, no lo pone a su imperio completamente, puesto que para constituirse en una imagen el sujeto debe mirar, debe utilizar una parte del organismo, el ojo, para poder formar el yo. Al reconocer su imagen virtual, el sujeto elide la libido del ojo implicada. Se le escapa que goza mirando la imagen. Hasta ese momento, tenemos un órgano perfecto, un órgano que goza de sí mismo como la boca de Freud, un órgano sin Otro. Sin embargo, en el estadio del espejo se presenta un segundo movimiento, el voltearse al tercero que le confirma al sujeto la imagen. Ese Otro lo mira. Ese Otro lo captura gozando, en esa Otra mirada goza. En ese momento se completa la constitución del yo. De manera que el sujeto, por un lado, constituye una imagen para apaciguar el goce salvaje, lo regula a través de una imagen, y por el otro, ésta incluye pulsión escópica veladamente, a partir del par mirar-mirado Así, la imagen que se constituyó para darle identidad al sujeto sigue siendo una manera de gozar. Goce vehiculizado por la mirada. La imagen-velo remite a un más allá de la imagen que lleva al objeto causa de deseo. A recuperar algo de ese goce onanista y excesivo.

Miller en su conferencia “Las patologías del yo en el análisis”[[6]](#footnote-6) destaca que para el psicoanálisis el interés de estudiar el yo sólo se justifica si se toma desde un nuevo ángulo, el de emparejar el yo y el goce. “Esto hace ver que en la clínica quizás haya algo que falta, un pertinencia que nos falta, y que explica una dificultad contemporánea que tenemos como analistas con el modo de gozar de los sujetos, que parece constituir actualmente un límite absoluto del análisis. Los cambios en los modos de gozar es la manera en que formulamos la dificultad de hecho en la cura analítica contemporánea. Y me parece que en ese modo de gozar hay que resituar al yo, que es una categoría a renovar.”

A partir del desarrollo que hemos hecho hasta ahora, este emparejamiento yo-goce, nos parece que podríamos pensarlo desde una matriz yo-mirada para así aproximarnos a la temática que nos ocupa. Nos preguntamos: ¿Cómo se da el juego de la mirada y sus incidencias en el yo, en esta época que hemos llamado del imperio de las imágenes? Si la imagen tiene como función tapar una falta, colmar la castración, regularizar un goce que, como dice Miller[[7]](#footnote-7), está en un primer momento libre, ¿cómo entender ese empuje desbordado que impera en nuestra época de mirar y ser mirado?

**El ojo de Sauron en la época del fin de las ventanas**

Un día de playa soleado en el caribe, las olas y el mar transparente invitan a disfrutar de la naturaleza. Los visitantes de ese lugar paradisíaco, no importa la edad y el género, no paran de tomar *selfies,* quieren capturar y capturarse constantemente a través del clic de sus *smartphones*. No están en la playa, están en la pantalla.

Un joven paciente viene a consultar por una ruptura amorosa, la relación había tenido muchos tropiezos, pero lo que lleva a la separación definitiva es que su *ex* asume que él no la quiere, dado que éste no tiene ninguna foto en las redes sociales con ella: *si no la pones es porque nuestra relación no existe*. Asombrado afirma: *nunca había entendido lo importante que es una foto*.

Un caso mucho más grave podríamos precisarlo en un sujeto mujer, profesional, exitosa, que trabajaba en los medios de comunicación y que dedicaba mucho tiempo a cultivar su imagen. En un momento decide cortarse el pelo y al verse en el espejo se encuentra con el horror, ya no es la misma. De manera compulsiva, en una semana, tratando de recuperar su identidad, se hace cortar el pelo siete veces, pero más nunca será igual, la bella forma la ha perdido y el espejo le devuelve la imagen fragmentada. Se retira de su trabajo, no sale de casa, se alcoholiza y, luego de un año, la familia pide ayuda y el analista tiene que ir a verla a su casa. La única forma que tiene de dar cuenta de quién es ella es a través de sus fotos en las que su pelo estaba bello.

Discutimos una serie de fenómenos clínicos y sociales que ponía de relieve el imperio de las imágenes, la identidad y la mirada. Tal como resalta Brodsky, lo que le interesa al psicoanálisis son los efectos de goce sobre el cuerpo que las imágenes tienen en el sujeto contemporáneo.

La mirada está a la orden del día. Como toda pulsión busca la satisfacción; sin embargo, nos encontramos en una época en la que el discurso de la ciencia y las nuevas tecnologías hacen existir ojos por todos lados, al punto que se puede ver inclusive más allá de las fronteras, se trata de ver todo; por lo que tendríamos que diferenciar entre la mirada ligada al deseo, la mirada como objeto causa y la voluntad de mirar que se impone como mandato superyoico.

Pensamos en la diferencia entre ese ojo que tiene la posibilidad de cerrar los párpados y dejar de ver y el ojo sin párpado como el de Sauron del señor de los anillos. En el capítulo XVI del seminario X “La angustia” titulado *Los párpados de Buda*, Lacan hace referencia, a partir de su experiencia en Japón y el encuentro con las estatuas de Bodhisattva, al objeto mirada y la función del ojo diciendo que “el ojo es ya un espejo” que organiza al mundo como espacio.[[8]](#footnote-8)

En nuestra reflexión, lo que queremos precisar es que en la mirada de la escultura de Bodhitsattva, Lacan resalta que los ojos no están completamente cerrados, ni completamente abiertos; los párpados entornados sólo dejan pasar un hilo del blanco del ojo y un borde de la pupila, pero en éstas observa que están realizadas de una manera tal que siempre tengan la apariencia de que debajo hay un ojo, aunque no haya nada. Es a partir de reservar el lugar del vacío que se sitúa el objeto mirada. La mirada es ligada a la concepción del deseo como ilusión, respecto de la verdad. *Decir que el deseo es ilusión es decir que no tiene soporte, que no desemboca en nada, ni apunta a nada*.[[9]](#footnote-9)El lugar del vacío que Lacan destaca permite el surgimiento del deseo, así este sea una ilusión, porque ya sabemos que el objeto está perdido para siempre.

Asimismo, queremos destacar que Sauron, personaje del señor de los anillos, conocido también como el “ojo rojo”, el “ojo sin párpados” y el “Gran ojo”, por su mirada que abarcaba todo su maligno dominio, bien puede ser la encarnación de lo que Tarrab llamó el “ojo bulímico”[[10]](#footnote-10), o en palabras de Wacjman “el ojo absoluto”[[11]](#footnote-11); ojo que, en lugar de abrir campo al deseo, entra en la lógica del superyó y el imperativo de goce: ¡Mira!. Al mismo tiempo reduce al *parletre* a la dimensión del objeto, sin posibilidad de escaparse: ¡Eres mirado! El ojo sin párpados que todo lo ve sin escansión.

Las consecuencias subjetivas de esta omnipresencia voyeurista, con sus dos caras, la de ver y ser visto, se observan tanto en la clínica como en la cotidianidad. Como bien lo señala Tarrab, en el imperio de las imágenes, la imagen ya no localiza el goce y lo real, sino que la reproducción innumerable, la multiplicidad, la omnipresencia de las imágenes desvanecen al referente. En el imperio de las imágenes se sustrae la experiencia del cuerpo de una manera brutal.[[12]](#footnote-12)

¿Y qué decir del yo en el mundo del imperio de las imágenes? Si el yo es la identificación a la imagen del espejo, a través de la cual se puede enunciar “ese soy yo”, cabría preguntarnos ¿qué efectos tienen sobre el yo la preeminencia de la imagen sin la regulación de lo simbólico?

Marie-Helene Brousse[[13]](#footnote-13) afirma que esta época se distingue por la ruptura entre el i(A), el Ideal del Yo, y la imagen narcisista, lo que determina que el yo ideal va remplazando cada vez más al Ideal del yo por medio de la ciencia.

Podríamos entonces, por un lado, ¿hablar de un Yo fuerte? ¿Ideal de la *Ego psychology* que pretende aplanar la dimensión real del cuerpo, cuerpo no agujereado, y sin sustancia? Y por otro lado, preguntarnos ¿nos queda el objeto “a” sin el florero,[[14]](#footnote-14) como piezas sueltas sin posibilidad de localizar el goce?

Con El ojo de Sauron en la época del fin de las ventanas quisimos hacer referencia a este mundo actual en donde la voluntad de mirar se impone y en donde falta el marco, el espejo que ordene lo real del cuerpo. La mirada ya no enmascara lo que no se puede ver, ya no ordena aquello que está suelto. La ciencia y la tecnología pretenden tener el mando, pero como dice Eric Laurent *la buena noticia es que gracias a la angustia nada de esto va a funcionar*.[[15]](#footnote-15)

1. Brodsky, Graciela. “Mi cuerpo y yo”, http://www.nel-mexico.org/index.php?sec=Conferencias-y-Mesas-redondas&file=Conferencias-y-Mesas-redondas/2015/15-02-20\_Mi-Cuerpo-y-Yo.html. [↑](#footnote-ref-1)
2. Miller, Jacques-Alain. (1995). “La imagen del cuerpo en psicoanálisis”, en *Introducción a la clínica psicoanalítica* ELP –RBA. Barcelona, 2006. Pag 382. [↑](#footnote-ref-2)
3. Brodsky, Graciela. Ibidem. [↑](#footnote-ref-3)
4. Lacan, Jacques. Seminario X. [↑](#footnote-ref-4)
5. Miller, Jacques-Alain. (1995). “La imagen del cuerpo en psicoanálisis”, en *Introducción a la clínica psicoanalítica* ELP –RBA. Barcelona, 2006. [↑](#footnote-ref-5)
6. Miller, Jacques-Alain. (1995). “Las patologías del yo en análisis”, en *Introducción a la clínica psicoanalítica* ELP –RBA. Barcelona, 2006. [↑](#footnote-ref-6)
7. Miller, Jacques-Alain. Ibídem 5. [↑](#footnote-ref-7)
8. . Lacan Jacques. *El Seminario, libro X, La Angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006. Pag. 242 [↑](#footnote-ref-8)
9. *Ibid pag. 241*. [↑](#footnote-ref-9)
10. Tarrab, Mauricio. “El ojo bulímico y el lobo”, http://oimperiodasimagens.com.br/es/faq-items/el-ojo-bulimico-y-el-lobo-mauricio-tarrab/. [↑](#footnote-ref-10)
11. Wacjman, Gérard. “El ojo absoluto” Editorial Manantial. Buenos Aires, 2011. [↑](#footnote-ref-11)
12. Tarrab, Mauricio. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-12)
13. Brousse, M-H. “Cuerpos Lacaniaos: novedades contemporáneas sobre el estadio del espejo” en Colofón 29. Valencia, 2009. [↑](#footnote-ref-13)
14. Brousse, M-H *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-14)
15. Laurent, Eric. Los órganos del cuerpo en la perspectiva psicoanalítica. Recuperado en http://www.nel-mexico.org/articulos/seccion/textosonline/subseccion/El-cuerpo/347/Los-organos-del-cuerpo-en-la-perspectiva-psicoanalitica. [↑](#footnote-ref-15)